

Ricardo Donoso

DON FERNANDO COLON, BIBLIOFILO

I

DE los sucesores del Almirante ninguno ilustró su nombre con más brillo que su hijo don Fernando, bibliófilo eminente y apasionado, el más diligente coleccionista de libros de su época, y tal vez de todas las conocidas. Pero la gloria inmortal de su padre mantiene en una discreta penumbra su nombre, aún cuando su recuerdo se mantiene redivivo en la notable biblioteca que formara durante el curso de su vida y que se conserva en Sevilla.

Hijo del amor, de aquellas dulces relaciones del Almirante con doña Beatriz Enríquez, vió la luz en Córdoba el 15 de Agosto de 1488. Su padre manifestó siempre por él la afección más viva, y en sus postreros días lo instituyó heredero de su mayorazgo, para el caso de que su hijo Diego falleciera sin dejar sucesión.

Desde la más tierna edad asistió a la escuela de su ciudad natal, y a los diez años fué designado paje de la

Reina Isabel. Acompañó a su padre en su cuarto y último viaje al Nuevo Mundo, y en 1509 realizó una nueva travesía del Atlántico, «el mar tenebroso» de los antiguos, junto con su hermano Diego, investido de la dignidad de Almirante de las Indias. Llevó en esa ocasión una misión especial, que fué la de entender en la fundación de iglesias y monasterios. Pero no fué de larga duración su estada en el Nuevo Mundo.

Despachó el Almirante a su hermano don Hernando—escribe Las Casas—, que sería de edad de dieciocho años, para que fuera a estudiar a Castilla, porque era inclinado a las ciencias.

A los veintidós años inició sus viajes por España, Italia, Francia, los Países Bajos e Inglaterra, que hicieron de él un viajero incorregible y contumaz. En los primeros decenios de la imprenta no eran muchas las ciudades europeas en las que existía el mercado de libros: Amsterdam, Lion, Venecia, Roma eran las principales. De 1510 a 1511 don Fernando Colón recorre España, y visita Sevilla, Toledo, Alcalá de Henares, Valladolid y Calatayud. En 1512 emprende su primer viaje a Roma, donde permanece más de un año, ocupado particularmente de literatura. En sus frecuentes visitas a la Ciudad Eterna se empapó del espíritu del Renacimiento y cobró a las letras y a las artes una pasión tan ardiente, que ellas habrían de ser en adelante el norte de su existencia. La razón íntima de su espíritu trashumante está en esa inclinación que desde temprana edad se despertó en él por los libros; el motivo de sus viajes permanentes radica en su vocación de bibliófilo, que lo hacía peregrinar de pueblo en pueblo, de país en país, tras las bellas ediciones, las primorosas impresiones, los raros manuscritos de que tan fecundas fueron las imprentas de la Europa Central y Occidental durante el primer siglo de la imprenta. Bibliófilo metódico y prolijo, don Fernando consignaba en la última hoja de cada libro la fecha y el precio de

su adquisición, con indicación del lugar donde la había realizado, precioso detalle que ha servido para reconstituir el itinerario de sus viajes.

En 1513 vuelve a España. En Agosto del mismo año visita Barcelona, Tarragona y Valencia. Pocos meses después lo hallamos en Madrid, cuya población no excedía entonces de 3.000 almas y en la cual la imprenta sólo fué introducida 46 años después; en Medina del Campo y en Valladolid. En Enero de 1515 está en Génova, y de Junio a Septiembre en Roma. Dos años después realiza una nueva visita a la ciudad de los Papas, que atraviesa por esos días una de las épocas más brillantes de su historia, llena de vida y animación, en medio de la fecunda actividad artística, literaria e intelectual que había prendido en los espíritus más selectos.

Por sus distinguidos talentos don Fernando gozó del favor de Carlos V. Parece que formó parte de la comitiva que lo acompañó a la ceremonia de su coronación como Emperador de Alemania, realizada en Aix la Chapelle el 23 de Octubre de 1520. El mismo año recorre Italia, Génova, Liguria, Ferrara, Venecia y regresa a Alemania por Suiza, pasando por Nuremberg, Francfort, Aix la Chapelle, para no detenerse hasta los Países Bajos. En 1522 está en Londres.

Por decreto de 19 de Febrero de 1524 fué designado uno de los árbitros para definir los derechos de España y Portugal en las Molucas; comisión que se reunió en Badajoz y a la cual don Fernando presentó cuatro memoriales que se han salvado del olvido: tres de ellos publicó don Martín Fernández de Navarrete en su famosa *Colección de viajes*, y el cuarto ha sido recogido en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*.

Parece que durante esta época los viajes de don Fernando Colón se concretaron a España, pero ya en 1525 lo encontramos en Roma por tercera vez. Los cuatro

años siguientes trascurren para él en Sevilla, ocupado en la organización de su biblioteca, cuya fundación él hacía remontar a 1526, que había instalado en medio de un magnífico y ameno jardín, plantado de árboles procedentes del Nuevo Mundo.

Ese año el Emperador le discernió una nueva distinción, designándolo para integrar una comisión de cosmógrafos y pilotos encargada de corregir las cartas marinas y construir una esfera o mapamundi que señalara los países descubiertos. Durante la ausencia de Sebastián Caboto, que había partido en su expedición al Río de Solís, presidió en su propia casa los exámenes de los pilotos que los célebres cosmógrafos Diego Ribero y Alonso de Chávez estaban encargados de interrogar.

En 1530 realizó un nuevo viaje a Italia. Es difícil señalar la fecha de sus andanzas en los años siguientes, aún cuando se puede presumir que sus ocupaciones lo retuvieron en la península. Sin embargo, hay huellas de sus peregrinaciones en una parte de Francia durante el año 1536. Por estos días se ocupaba de la organización de una escuela de matemáticas y navegación, para lo cual había obtenido el consentimiento del Emperador, y a la que iba a dar el nombre de Colegio Imperial.

Murió en Sevilla el 12 de Julio de 1539, a los 50 años de edad.

U. S. sabrá—se le escribía a su sobrino el incorregible polígamo don Luis Colón—que el Sábado a 9 días de Julio a las 8 del día, falleció el bienaventurado don Hernando Colón, vuestro tío: vuestra señoría no reciba pena de su muerte sino haya placer, porque fué tal su acabamiento, como de un apóstol. Cincuenta días antes que muriese supo que había de morir con su gran saber, y llamó a sus criados, y les dijo que poco había de estar con ellos en este mundo.

A la fecha de su muerte sus rentas eran considerables. De su padre heredó una renta anual de dos millones de maravedís, el Rey Fernando le concedió 400 esclavos y el Emperador le hizo gracia de dos pensio-

nes que, juntas, sumaban 425.000 maravedís. HARRISSE calcula que su renta no podía ser inferior a 45.000 francos de la época, o sea, unos 180.000 francos anuales cuando él escribía, en 1896, aumentados, sin duda por frecuentes operaciones comerciales.

Era corpulento y de talla elevada. Su cadáver fué enterrado en la catedral de Sevilla.

II

Fué don Fernando Colón el más afanoso, metódico y esmerado bibliófilo; su biblioteca era su sola preocupación, y puede decirse que pasó una parte de su vida enumerando y describiendo las bellezas de sus libros. Compraba los libros casi siempre por junto, especialmente en sus viajes, aún cuando mantenía relaciones directas y constantes con los libreros del extranjero. Después de cada compra colocaba los tomos nuevamente adquiridos en los anaqueles, sin ordenarlos por materias ni por alfabetos, sino simplemente por la fecha de la entrada a la biblioteca. Una vez ingresado, lo anotaba primeramente en un abecedario, y luego, bibliográfica y comercialmente, en el Registro que llevaba. Hacia 1530, y probablemente a consecuencia de su instalación en su casa de la Puerta de Goles, pudo comenzar a poner en ejecución el proyecto que acariacian todos los bibliófilos, de hacer un catálogo completo de sus libros.

Tuvo especial placer en hacerse rodear de hombres de letras y hasta los hacía venir de remotos países. Muchos de los hombres cuya compañía buscaba escribieron libros y cartas en los que elogiaron su personalidad, su hospitalidad, sus trabajos literarios y su notable colección de libros, que se había hecho célebre en la república literaria. Entre los que fueron sus huéspedes en su casa de la Puerta de Goles debe mencionarse a Nicolás Cleynaerts; Juan Vasaeus, autor de

una Crónica impresa en Salamanca en 1552, que fué su bibliotecario, y algunos otros hombres distinguidos de su tiempo. No fué don Fernando un erudito avaro de sus tesoros bibliográficos: por el contrario, franqueó las puertas de su magnífica biblioteca a todos los escritores de su tiempo, y eran sus deseos que todos los españoles tuvieran acceso a ella. En el memorial que en sus últimos días dirigió a Carlos V propuso al Emperador los medios para hacer a España toda partícipe de sus libros, disponiendo que de todos ellos hubiese un copioso índice en cada ciudad y se mantuviese una nutrida correspondencia para hallar con prontitud cualquier libro aunque se pidiese de muy lejos. Pedro Mexía, Gonzalo Fernández de Oviedo, que lo recuerda como «virtuoso caballero»; Francisco López de Gómara, Pedro Cieza de León, historiador de la conquista del Perú; Jerónimo de Zurita, cronista de Aragón, Juan Ginés de Sepúlveda y Esteban de Garibay consultaron sus libros y manuscritos.

Lector apasionado e infatigable, anotador sistemático, don Fernando llenaba de glosas y apostillas las márgenes de sus ediciones de Ovidio, de Virgilio, de Horacio, de Lucano y Saxo Gramático. La considerable cantidad de manuscritos que de él se conservan permite determinar la orientación de sus aficiones y las preferencias de sus estudios. Sus lecturas predilectas eran Aristóteles y sus comentadores, los poetas latinos y los Padres de la Iglesia, y aún cuando cita a Martín de Enciso, Mateo Ringman y Waltzmüller, sus principales autoridades en materia geográfica eran Ptolomeo, Pomponio Mela y el cardenal Pedro d'Ailly.

El número de catálogos y de índices que compuso de sus libros es el más extenso de todos cuanto han poseído las bibliotecas más célebres de Europa. Muchos de sus registros y abecedarios se han perdido, mas consérvanse todavía en nuestros días los suficientes para tener una idea aproximada del número de libros y manuscritos que poseía.

Abrigió variados proyectos. Quería tener primeramente un catalágo de autores,

reduciendo a orden alfabético todos los autores que ha habido, que dijera tal autor compuso tal y tal libro, poniendo todas las obras que oviere hecho, asimismo por orden alfabético, para que con mayor facilidad sean halladas las obras y sus autores.

Compuso una especie de diccionario de teología y derecho civil y canónico, puso igualmente mano a un catálogo bibliográfico y finalmente uno que llamó *Libro de proposiciones*, en que las materias estaban ordenadas por alfabeto y en el que consignaba sobre tal cosa escribe Fulano en tal parte, y Zutano esto en tal otra. En el *Libro de proposiciones* consignó todo lo que había llamado su atención en sus lecturas. Es un resumen laborioso, en el que páginas enteras no son más que referencias a la cosmografía, a la historia, a la geografía, a los antípodas, y aún al famoso libro de Martín Hylacomylus, sabio friburgués a quien corresponde el honor de haber dado el nombre de América a las tierras descubiertas por Colón.

Compuso un *Diccionario de definiciones*, en latín, que comprende sólo la letra A y parte de la B, y dejó inconcluso una especie de *Diccionario geográfico de España*.

Uno de los numerosos catálogos de su biblioteca, el que Harrisse denominó *Registrum B*, es el que publicó en 1905, en admirable edición facsimilar, Mr. Archer M. Huntington, del único ejemplar existente en la Biblioteca Colombina, y que dedicó «con afecto y admiración a la ciudad de Sevilla, como sencillo homenaje a la memoria de uno de sus más grandes hijos».

III

El memorial que don Fernando dirigió al Emperador, relativo a la conservación y mantenimiento de su

librería, nos revela cuánto le preocupaba la suerte de sus volúmenes y cuán intensa era su pasión de bibliófilo. Ante todo deseaba que se atendiera a su fomento, adquiriendo todos los libros que fueran lanzando las prensas, y que no se interrumpiera la labor de catalogación e inventario, que de quince años a esa parte se realizaba en su biblioteca. Eran sus deseos que se diera remate al índice de autores y de títulos que había comenzado, que se prosiguiera el *Libro de proposiciones* o catálogo de materias que había iniciado, y que se destinara a todo ello los fondos necesarios.

Don Fernando legó sus libros a su sobrino don Luis Colón, con la obligación de gastar anualmente 100.000 maravedís en su conservación e incremento. Si el legatario no cumplía, la biblioteca debía pasar al Cabildo eclesiástico de la catedral de Sevilla. El legatario no manifestó el menor interés por el asunto y la valiosa colección pasó finalmente al Cabildo eclesiástico de la catedral. Corrieron los años y bien poco caso se hizo de los libros, que no fuera para hacer las más escandalosas sustracciones, de manera que hacia fines del siglo XVII el bibliotecario Juan de Loaisa calculaba que de los 15.000 y tantos volúmenes que dejara don Fernando, apenas si se conservaban de cuatro a cinco mil. Esto ya lo había previsto el gran bibliófilo, pues en su testamento consignó que sabía muy bien

que a pesar de todas las precauciones posibles no puede impedir nadie que se roben libros aunque estén atados con cien cadenas.

La biblioteca fué guardada durante cerca de 100 años con los mayores cuidados. Sólo después del fallecimiento de Loaisa fué cuando la Colombina, vergonzosamente descuidada y abandonada, comenzó a ser destruida y víctima de sustracciones y devastaciones, contra las cuales se alzaron voces de airada indignación. Desde mediados del siglo XVIII comenzó a ponerse algún

cuidado y orden en la Colombina, y en 1783 se hizo un inventario prolijo de ella. El Cabildo destinó fondos para su mantenimiento, los particulares la favorecieron con su protección y contribuyeron a su mejoramiento y el propio gobierno manifestó el más vivo interés en su fomento.

Era tal el descuido que existía en ella que don Rafael Tabares me aseguró—recordaba el reputado bibliógrafo don Bartolomé José Gallardo—que cuando muchacho iba él con otros a jugar allí, y se entretenían en hojear los libros de iluminaciones y estampas, especialmente los litúrgicos antiguos, que algunos las tenían primorosas en dibujo y colorido.

En 1859 hubo necesidad de ampliar su local y en 1871 no poseía menos de 34.000 volúmenes y de 1.600 manuscritos.

Poseía una notabilísima colección de manuscritos iluminados sobre vitela, obra de los siglos XIV y XV, ejecutados en Italia por copistas y miniaturistas inspirados en la escuela borgoñona. Eran no sólo libros de iglesia, misales, salterios y pontificales, sino también tratados de derecho canónico y comentarios de las obras de Aristóteles por Alberto el Grande y otros filósofos escolásticos.

No es posible imaginar una caligrafía más bella, ni letras iniciales y miniaturas más delicadas y finas que las que embellecen estos soberbios manuscritos.

recordaba hace medio siglo el eruditísimo HARRISSE. La Biblioteca Colombina, que más bien debía llamarse Fernandina en honor de su fundador, como ya lo propuso su biógrafo norteamericano, es hoy una de las más atrayentes seducciones que la ciudad del Betis ofrece a la curiosidad del desocupado turista.

IV

¿Cómo es posible que don Fernando Colón, bibliófilo, cosmógrafo, jurista, amante hijo de la gloria de su

padre, no pretendiera escribir una historia del Almirante? Poseedor de muchos de sus documentos; dueño de la biblioteca más rica de su tiempo, amigo y contemporáneo de los que lo fueron de su progenitor, testigo él mismo de buena parte de su vida, ¿es concebible que la memoria de su familia le fuera tan indiferente que no pretendiera dejar de sus inmortales hechos huella perdurable en las páginas de un libro? He aquí la cuestión que ha dado origen a la más apasionada y ardiente polémica entre críticos y eruditos, y en la que aún hasta hoy parece no haberse arribado a una conclusión decisiva.

En 1571 apareció en Venecia un libro con el siguiente título: *Historie del S. D. Fernando Colombo; nelle quali s'ha particolare, e vera relazione della vita e de fatti dell' Ammiraglio D. Cristoforo Colombo, suo padre*, que se decía traducido del manuscrito español al italiano por Alfonso Ulloa, literato de vida aventurera cuyas andanzas no han sido aún del todo esclarecidas. En 1546 aparece ya instalado en Venecia ocupado en reimprimir libros españoles y en hacer traducciones del portugués al italiano, de las que imprimió un número considerable. En sus ediciones figuran novelas y tratados de filosofía, relaciones de viajes y ediciones de poetas, junto a manuales para los comerciantes. Ticknor y HARRISSE juzgan con dureza su probidad literaria, y el último lo supone capaz de cualquier superchería.

Humboldt y don Juan Bautista Muñoz habían formulado ya algunos reparos a la autenticidad de ciertos pasajes de las *Historie*, pero durante muchos años prevaleció la apreciación general que expresó sobre ellas Washington Irving, reputándolas como un

documento de alto precio, que merece mucha fe y puede llamarse la piedra angular de la historia del continente americano.

Fué el primero en sostener su carácter apócrifo el notable crítico, erudito e historiador norteamericano Hen-

ry HARRISSE, que consagró todo un volumen a analizar punto por punto las partes más sospechosas de aquella obra. Lo primero que llama su atención es el tono violento que alienta en sus páginas, que parece no conciliarse con el carácter dulce, amable y benévolo de don Fernando Colón, de quien el mismo Oviedo había dicho que era un caballero «de mucha nobleza y afabilidad y dulce conversación», y el hecho de que el examen de sus libros lleve a la conclusión de que la historia americana era lo que menos le preocupaba.

La circunstancia de haberse perdido el manuscrito original castellano, y el resultado infructuoso de todos los esfuerzos hechos para descubrirlo en las bibliotecas y archivos públicos y privados de España, Italia y otros países, ha impedido en este asunto pronunciar una sentencia definitiva.

Pero si hay serias objeciones contra la autenticidad de la biografía del Almirante escrita por don Fernando, no hay razones menos poderosas a su favor, y entre éstas no es la de menor importancia la coincidencia de algunos de sus pasajes con la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas. Un estudio prolijo y desapasionado de los argumentos aducidos por los impugnadores y los sostenedores de la autenticidad de la obra de don Fernando, lleva a la conclusión de que considerables fragmentos de las *Historie* son efectivamente la traducción de una biografía del Almirante escrita por su ilustre hijo, principalmente aquellos en que habla como testigo ocular, y ha reproducido Las Casas en citas parciales, pero al mismo tiempo abundan en ella las interpolaciones, en las que se advierte la intervención de una pluma extraña, que bien pudo ser la del traductor Alfonso Ulloa. Los más autorizados geógrafos y críticos convienen en que, después de las fundadas objeciones de HARRISSE, no es posible tomar la obra que se atribuye a don Fernando Colón sino con extremada

reserva, sometiendo sus afirmaciones, y hasta los nombres y las fechas, a la crítica más severa.

Cosmógrafo, jurista, bibliófilo eminente, don Fernando Colón merece sobradamente el epitafio que redactó para su tumba y que dice así:

Aquí yace don Fernando Colón, hijo de don Cristóbal Colón, primero Almirante que descubrió las Indias, que siendo de edad de cincuenta años y diez meses y veintisiete días, y habiendo trabajado lo que pudo por el aumento de las letras, falleció en 12 días del mes de Julio de 1539 años, 33 años después del fallecimiento de su padre. Rogad a Dios por ellos